

TRES

Attilio Pescacci, un hombre amable con un buen carácter de unos setenta años, propietario de una tienda de libros usados y trastos, puesta en las estanterías para atraer a algún comprador ingenuo, vino a visitarlo la víspera del Domingo de Ramos.

Para Don Florentino siempre fue una alegría verlo.

El pobre había perdido recientemente a su amada mujer, después de haberla curada del mal que se lleva a todos, el dolor. Sin embargo, había aceptado y hecho suya la muerte de la persona que había estado a su lado durante toda una vida, y que se había despedida de él, volviendo hacia él la cabeza apoyada en una almohada sudorosa, pronunciando con voz débil “*Adiós ...adiós.*”

Pues, la pobre Nerina se había ido así, con las manos arañadas por los arañazos que le habían producido limpiando verduras y matando gallinas, conejos y pavos para las comidas; sin embargo, sobre todo, sin haber abierto nunca un libro en su vida. Quizás había soportado demasiado las rarezas de su marido y esos valiosos ejemplares que de vez en cuando caían en sus manos y que él llamaba, con su estilo anticuado, “*milagros*”.

Pescacci nunca venía con las manos vacías, no pudiendo llevarse de regalo las bolsas de remolachas ya limpias o, llegado el momento, aquellos boletus que Nerina pelaba, más con resignación que con paciencia. Así que, habiendo rechazado las primicias del campo, en cuanto encontró en la tienda algún libro que le pareció interesante a don Florentino, se lo trajo.

El sacerdote, a decir verdad, le agradeció con una sonrisa entrecortada. Después de todo, bendita es la casa donde se golpea con los pies, había oído. Sin embargo luego, por lo general, tomaba el libro, lo hojeaba, sacudía de sus dedos el polvo que desprendían los volúmenes usados, eliminaba ese habitual olor a humedad y rancio de sus fosas nasales y se olvidaba de ello.

Sin embargo, el buen hombre le había dado algunos títulos bonitos. Incluso una primera edición de “*L'amant*”, de Marguerite Duras, en francés, con una dedicatoria del comprador al anterior propietario.

No es que no le gustara leer libros de segunda mano, es sólo que de vez en cuando se sentía avergonzado por las notas y subrayados de quienes los habían tenido antes que él. Sin mencionar *ex libris*, marcapáginas, postales con vistas de Capri y dedicatorias de amor, destinadas a quién sabe qué fracaso emocional. Todo esto le preocupaba. Por supuesto, conservaba algunas copias firmadas por los respectivos autores, pero no le importaban demasiado.

Pescacci empezó:

“Esto seguro que te gustará. Es de un español. Lo tradujo un tal Gianni o Giovanni Ferracuti, alguien de Trieste, un poco así... está agotado. Nadie lo compró”.

Don Fulgenzio, con su habitual aire distraído y formal agradecimiento, observó el diminuto tamaño del libro de bolsillo, la cubierta amarilla y marrón y el nombre del autor: Miguel de Unamuno.

“Es alguien que murió bajo arresto domiciliario durante el franquismo”,

añadió el señor Attilio (así lo llamaban todos, debido a su ascendencia toscana).

El título, en sí mismo, no significaba nada para él y, al principio, Don Florentino idealmente lo añadió a los demás regalos del comerciante de segunda mano. “*San Manuel Bueno, Mártir*”, estaba escrito. Sólo que, al pasar las primeras páginas, se encontró con el epígrafe, y le pareció sorprendente que se tratara de una cita de Pablo de Tarso, de la Primera Carta a los Corintios:

“Si hemos esperado en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres”.

Este hombre, Unamuno, o como se llame, debía saber mucho del Evangelio y de la fe.

Su ansiedad se hizo más fuerte y abrumadora cuando descubrió la enorme bibliografía del autor, de la que esa novela corta o ese cuento largo debieron ser sólo una expresión aislada. Parecía muy feliz, pero todavía aislado. No estaba dividido en capítulos.

A primera vista parecían secuencias, fragmentos escritos a modo de diario, una narración en primera persona escrita por un creyente de una pequeña parroquia española, quién sabe si existió o no. Los primeros periodos parecían como el amanecer de un nuevo día y el deber de ir a misa le costaba más esfuerzo del habitual.

Sin embargo, logró articular algunas reflexiones, y tuvieron que calar, hasta el punto de que la viuda Bigazzi, que nunca faltaba a las misas vespertinas, especialmente aquellas en las que se recordaba a algún difunto, las mismas que pagaba con absoluta puntualidad para liberar del Purgatorio el alma manchada de pecado de su marido, le dijo, la había hecho llorar. “*Las lágrimas son un regalo precioso, lavaron los pies de Nuestro Señor*”, intentó despedirla, dentro de los límites de la cortesía, para no seguir escuchando sus zalamerías devocionales.

“Ah, por supuesto... Siempre me lavo los pies, todas las noches. ¡No me acuesto sin haber quitado la baba de la serpiente que amenaza el talón de la Santísima Virgen!”

“Hazlo bien, hazlo bien...”, logró alejarla.

“Oren por mí, por favor, lo necesito mucho”.

“Y quién no lo necesita, don Florentino, dígame, ¿quién? Siempre que pueda, si el Señor me da vida y salud, recitaré también para usted un misterio doloroso”.

Don Florentino no quería pensar en por qué la aburrida mujercita había elegido algo doloroso para orar por él que, sin embargo, la alegría casi nunca había contemplado.

Subió las escaleras que lo llevaban a sus libros y se preparó, sin siquiera haber comido un bocado, permaneciendo así, encerrado, con sólo una copa de Chianti, bebido en lugar de sorbido, para combatir la anemia.

“Ahora que el obispo de la diócesis de Renada, a la que me pertenece este querido pueblo de Valverde di Lucerna, está, según se dice, promoviendo el proceso de beatificación de nuestro Don Manuel, o más bien San Manuel Bueno, que fue párroco allí Quiero dejar escrito a modo de confesión, y sólo Dios sabe, no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel hombre matriarcal, que llenó toda la vida más íntima de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, el mío, el de Ángela Carballino”. Un hombre matriarcal. Retomó el hilo de sus pensamientos interrumpido por aquella frase de Luciani y, como eran las cinco de la mañana, encendió la radio para escuchar las noticias del amanecer.

Los periodistas habían anunciado una jornada de huelga, para la cual, en lugar de la programación que seguía al himno nacional, se transmitió un programa musical. Se trataba del opus 109 de Beethoven, una sonata para piano interpretada por Pollini, cuyo rigor siempre había admirado, en la que el alemán había anunciado el jazz incluso antes que todos sus inútiles aduladores, que detestaba como una peste.

Escuchó los tres movimientos en un silencio casi ensordecedor, luego se dirigió hacia el lavabo, abrió el grifo de agua fría, llenó sus grandes manos, las estiró como para recibir la Eucaristía y se la extendió sobre el rostro, sintiéndose aliviado y no aliviado. Todos cansados por esa noche pasada leyendo la vida de un santo. Ángela. Como su madre. Como su hermana.

Ángela narró y todo le pareció en orden: el lago, el pueblo, el idiota del pueblo que gritaba *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* Don Manuel, que ayudaba a la gente del pueblo a perseverar en el camino. consuelo del engaño. Ángela había escrito todas sus inquietudes, su escepticismo, su amor por las paradojas. Y fue allí donde sintió claramente la habitual punzada en el hígado, lo que significaba (al menos eso pensaba) que su lectura sería eterna.

Para Don Florentino, la relectura era el acto de rehacer y reabrir un hilo ininterrumpido con el paso de la mirada por la última página del libro.

Sabía algo al respecto, ya que había leído por primera vez *“La vuelta al mundo en ochenta días”* de Jules Verne cuando tenía doce años.

Encontraba, en esa narrativa, algo de honesto, moral, que olía a perfección y dignidad humana.

Su relectura una y otra vez fue una oportunidad para buscar el final del hilo de su inquietud.

Una erudita del francés, cuyo nombre era casi el mismo que el del propio escritor, acudió en su ayuda, haciendo trampa en una sola letra. Phileas Fogg, el protagonista, había gastado exactamente la misma cantidad de dinero en viajar alrededor del mundo que había apostado. Fue una de las pocas satisfacciones íntimas que le sucedieron, tras la cual nunca volvió a leer ese libro.

Señor Unamuno,

Me encontré con un ejemplar antiguo, ligeramente arrugado, de su “San Manuel Bueno Mártir”, del que aprecié la textura y el precioso contenido. Usted repite con frecuencia la palabra “engaño”, tanto en relación con Dios como con la acción apostólica y evangelizadora de don Manuel.

Siendo hombre de Iglesia, esto me inquietaba, pero la alegría íntima y visceral que obtenía me compensaba toda mi ansiedad.

¿No le parece un acto mortal que en su historia sea la feligresa Ángela quien dé la absolución a su párroco? Nosotros, los cristianos apostólicos católicos romanos, lo vemos de esta manera, y es una visión que se ha extendido a lo largo de los siglos y ha resistido la herejía.

Quizás no haya leído a Fogazzaro. Y tal vez ni siquiera nuestro Pirandello. Sin embargo, como vi que era rector de la Universidad de Salamanca, que escribió libros de poesía durante toda su vida, desterrado con infamia y devuelto a su patria con todos los honores, además de profesor de griego y Dios sabe qué más, no ¿tiene algún otro libro que pueda recomendarme para seguir leyendo? No sé, un ensayo filosófico, otra novela o un libro de versos, ve, haga lo que quiera, que también será mío. Y no olvide algunas de sus paradojas, si le conviene.

Con devoción, Suyo.

La carta, aunque breve, le pareció bien escrita. Decidió que se lo enviaría a un imaginario Miguel de Unamuno, Salamanca, y que correos lo enviaría a la alberca.

CUATRO

Las fiestas de Palma le dejaron un regusto amargo en la boca, como el que le describió el Padre Fulgencio cuando le quitaron los huesos de melocotón, los que encontró antes de que uno de ellos lo enviara al otro mundo, cuando partió el cuerpo para extraer el tóxico y almendrado alma, el mismo sabor que sentía de niño, cuando su madre le preparaba almíbar de horchata diluida en agua e idrolitina, cuando los domingos iba a comprar el “*presto*” al tendero.

No era tanto el movimiento de ramitas lo que le molestaba, sino que había irritado a don Antonio, su antecesor, el que bendecía el verde mientras maldecía a los fieles.

“¡Adelante, ovejas! La iglesia es muy grande. ¿Dónde estáis por la noche cuando rezo el rosario?”

Más bien el pensamiento de que el olivo bendito se transformaba en el polvo impalpable, después de quemarlo, con el que rociar la cabeza de los feligreses el Miércoles de Ceniza.

Se consolaba pensando que los días se hacían más largos y que tendría más luz disponible para leer en el improvisado jardín frente a la puerta.

Había retomado algunos capítulos de la novela de Alessandro Manzoni, en los que abundaban figuras femeninas, incluida la monja de Monza. Incluso había encontrado un folleto mal impreso y encuadernado, que contenía los pasajes eliminados de la edición definitiva de 1840 y que trataban de la Desventurada.

Al día siguiente, lunes de Pascua, don Florentino bajó temprano a la iglesia para preparar el confesionario que acogería los murmullos de las mujeres piadosas, empeñadas en despojarse de los pecados como rosarios, y que consistía en inverosímiles fornicaciones, intercambios de sueños con la realidad y, más en general, cosas inexistentes.

Sin embargo, estaban muy presentes y vivos en la mente de quienes se los susurraban al oído, a través de la vieja reja lijada del reclinatorio. Después de todo, la confesión fue la primera forma de psicoanálisis conocida por el hombre.

Don Florentino no despreciaba el enfoque psicoanalítico, ni mucho menos, pero se mostraba escéptico sobre su eficacia real. La gente no podía acudir a análisis dos veces por semana durante décadas para mejorar.

El sufrimiento fue en ese preciso momento y el pensamiento de que podría durar incluso diez años lo inquietaba. Y entonces ¿qué significaba interpretar los sueños? Si había algo que perturbaba esas noches en las que dormía era el sueño. Estaba convencido de que los sueños no servían más que para provocar cierta apnea del sueño en los inquietos y alguna contaminación ocasional en los niños pequeños. Sin embargo, estaba decidido a volver a la cama, si no para volver a dormir, al menos para estirar las piernas y aliviar el dolor de hígado, que cada día se agudizaba más.

Así, cuando después de cenar volvió a la iglesia para bendecir la hostia y el vino para las celebraciones pascuales, casi no se fijó en el sobre corto y alargado que alguien debía haber dejado, quién sabe cómo, sobre la balaustrada.

Lo abrió sin prestar atención, convencido de que encontraría limosna para los pobres o una carta anónima, de esas que recibía de vez en cuando y que llevaba, con letra incierta, pero de contenido inequívoco, frases como “*Sacerdotes ladrones. ¡Las misas por los difuntos no se pagan!*”

Él, don Florentino, coincidió con los desconocidos autores de aquellas palabras. Sin embargo, prefirió aceptar la generosa remuneración del cargo, sólo para dejar a los fieles con la ilusión de haber comprado el Paraíso. Después de todo, no era el alma de su difunto la que necesitaba ser salvada, sino la de ellos. Y así hicieron penitencia. Y así los billetes rosas tenían el sabor de Avemarías y Glorias para ser recitados e impuestos como sanciones por pecados menos graves.

Tras sacar el viejo papel amarillo pálido del anónimo envoltorio grisáceo, Don Florentino se sintió invadido por una especie de ansiedad ancestral. Desdobló el papel que le había llegado al revés y leyó:

“Mamá murió hoy. Ángela”.

Se precipitó en su habitación, encendió el cigarro que se desvaneció en grandes nubes de humo espeso, puso patas arriba el escritorio, guardando sólo el tintero, y se dispuso a escribir.

Estimado Manzoni,

Sciùr Lisander,

No estoy orgulloso de mi pereza espiritual, pero tampoco estoy orgulloso de la Suya. Entonces me diga por qué, excepto en casos raros, las mujeres que describe en su maravillosa novela son todas tan aburridas y ensimismadas que todas parecen iguales. Ah, sí, buenas amas de casa, por supuesto, esas buenas matronas que dan a luz niños para enviarlos al campo o, como mucho, para llevar capones a los Azzecagarugli de turno para ganarse el favor.

La Blondel, con quien Se casaste en olor de conversión, según los retratos que nos han llegado, no debió ser tan grande, ni como mujer ni como madre. Me diga, además de planchar sus calzones y su ropa interior sucia y maloliente con orina, es posible que nunca ha cocinado nada apetitoso, planchado con cariño un pañuelo limpio y lavado de los restos de sus humores, pero, sobre todo, ha educado y corregido a sus hijos, ¿mostrando así la inexistencia de un pasaje en la sombra que parece haber tenido la intención de favorecer?

Ah, claro que no, querido Sciùr Lisander, Usted es un devoto de Dios, porque Dios es ante todo padre, como lo usted. Pero no, querido Manzoni, Dios es madre, y la muerte de la madre es la muerte de Dios, de cada fe, esperanza o caridad de la que quieras hablar. Y Su madre La repudió. ¿Libertina? Por supuesto. Le pida a ese pobre frustrado de Pindemonte.

Pero negando a Su madre Usted ha negado a Dios. El Señor está con las prostitutas. Y a las prostitutas se les perdonan muchos pecados porque amaron mucho. En cambio, Usted nunca ha amado. Ha abrazado un peso de reglas e imposiciones y, creyéndose el Cireneo, lo llevó consigo durante todo el camino de su vida, que ciertamente no tenía por qué ser un calvario, hasta la cómoda cruz de su avanzada edad.

Hoy murió mi madre. Hoy murió Dios; Lacrymosa dies illa!

Con profundo desprecio.

CINCO

El funeral de Donna Angela ni siquiera fue un funeral.

Fue un *Bolero* de Ravel sin la misma variedad de instrumentación. La misma frase se repetía sin cesar, con muy pocas e inconsistentes variaciones. *Ad libitum*, tal y como escriben en las partituras.

Había concelebrado la liturgia a regañadientes y casi con un sentimiento de desconcierto e infantil asombro. Eso sí, respetó la solemnidad de los gestos medidos pero firmes, acompañó el incensario que incensaba los restos del difunto sin apartar la mirada de su hipnótico vaivén, y tuvo un momento de breve entrega y emoción ante el

“El que cree en mí no morirá jamás”

proclamó desde el ambón.

Y luego otra vez manos, manos para sostener, ahora blancas como una novia, ahora desgastadas por el trabajo, ahora deformadas por la artritis reumatoide y ofreciendo sólo sus huesos al incómodo rito de la despedida de los que quedaban.

Encabezó el cortejo fúnebre hacia el cementerio y selló la tumba, bendiciéndola nuevamente y cimentándola con un *“Requiem Aeternam”*, del cual ninguna resurrección de alma y cuerpo podría sacarlo de nuevo.

Sentía la descomposición de Dios con una inexplicable pero persistente sensación de vértigo. ¿Y cuándo don Florentino nunca había sufrido vértigo? Incluso para cambiar una lámpara fundida tenía que llamar al electricista, tal era la sensación de pérdida del equilibrio que lo aquejaba cada vez que tenía que pararse sobre una mesa o silla. Para él, el vértigo era mucho más que un signo de lo que él mismo llamaba “constatación estática del nada.”

Regresó la mañana del Jueves Santo. Ni siquiera se presentó y, para regresar a la iglesia, atravesó la puerta lateral del edificio, teniendo mucho cuidado de no hacer demasiado ruido mientras manipulaba el viejo portón de hierro cubierto de óxido. Se lo había engrasado bien, pero él, obstinadamente, persistía en hacer oír su lamento de decadencia.

La iglesia le parecía desnuda. Sin embargo, estaba como lo había dejado. Había llegado el momento de actuar como Cristo.

“Y antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que le había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”.

Y casi ni siquiera se dio cuenta de que otro fajo de grueso papel de estraza había sido colocado con delicadeza y conocimiento sobre la balaustrada, en el mismo lugar donde había encontrado el telegrama anunciando la muerte de Dios, de su Dios, que era su madre.

Observó que estaba bien atado con un hilo blanco, fino pero fuerte, y que el precinto de plomo que lo sujetaba se había abierto. Una señal de que tenía que venir de lejos. O que había estado en un viaje tortuoso.

Sin embargo, no sintió inmediatamente curiosidad por ello, en cambio, lo llevó al escritorio y lo dejó allí hasta que almorzó. Lo recordó después de haber bebido el último sorbo de Chianti que quedaba en la jarra. “Que el Chianti se debe servir así”, reflexionó en voz alta, “no en botellas, que el Chianti es algo para la gente pobre, de los que prestan más atención a la cantidad que a la calidad”.

E incluso coincidía consigo mismo en la lucidez y el alejamiento de los hechos humanos con que había concluido este viático de las cosas simples, colocando la botella abajo en la cesta vacía.

Sólo en ese momento recordó aquel paquete anómalo, que seguía manteniendo toda la aura de misterio de su contenido yaciendo inerte sobre el escritorio, esperando que unos dedos delgados y expertos desataran primero los nudos, luego el paquete, luego la caja de embalaje. y finalmente descubrió su contenido. Don Florentino no tenía dedos finos y mucho menos sabios.

Se miró unos instantes sus uñas ennegrecidas y descuidadas y optó por las tijeras de podar que tenía colgadas en la pared de la cocina, considerando que era buena para sus rosas amarillas, que crecían en cada estación, a pesar del clima y la falta de luz su cuidado, hubiera sido aún mejor cortar un empate de doble paso. Después de un breve tanteo que, sin embargo, le pareció eterno, sacó un libro con tapas color crema y una carta, escrita con letra rápida e incomprensible. Se sentó y, tirando el cigarro reducido a una colilla, leyó:

Salamanca, 31 de diciembre de 1936.

Reverendo Padre,

Me alegro de que mi Don Manuel -¡pobre Don Manuel, muerto de engaños!- haya llegado a Sus manos.

Me dará crédito si le digo que Su escritura ha aliviado el sufrimiento que siento al tener que quedarme en esta casa salamantina, triste, cansada, pensativa y vieja, mientras me dirijo hacia mi diario y agotador atardecer.

No sé quién es ese Fogazzaro, pero muchos de mis críticos, por no hablar de mis detractores, me han comparado -¡qué vergüenza de las páginas que han escrito!- con el Pirandello que me cita, que parece ser muy querido entre vosotros.

Sin embargo, mi corazón enfermo y los achaques de la edad me impiden dedicarme a leer todo lo nuevo. La vida es demasiado corta para leer libros malos, puedo asegurárselo.

En cuanto a Sus inquietudes, he oído que en Viena hay un médico que hace milagros haciendo que sus pacientes se acuesten en la cama, dejándolos relajarse y tomando notas.

Si el acto fuera mortal, no actuar sería vida, y yo, que soy experto en paradojas, me alegra subrayar la Suya.

Si me pregunta sobre mis escritos, estaré feliz de enviarle una copia de la segunda edición ampliada de mi “La Agonía del Cristianismo”, que espero sea bienvenida. Por qué morir soñando, sí, pero si sueñas con morir, la muerte es un sueño.

Le manda saludos

Unamuno.

Quedó petrificado mirándose a sí mismo, como colocado fuera de su propio cuerpo, descender al remolino, en silencio, como escribió Cesare Pavese en el más devastador de sus poemas. Ella siempre había sentido por él un afecto y una ternura casi filial. Le importaban poco las canciones, pero le gustaban los versos destartalados que un juglar moderno había dedicado al poeta piemontés. Seguramente no habría podido repetirlos de memoria, pero en su mente quedó grabada la imagen de Pavese esperando durante seis horas bajo la lluvia a una bailarina de la que estaba inútilmente enamorado. Y pensaba que el amor, todo el amor, como don de sí absolutamente gratuito tenía la estremecedora característica de no ser democrático en absoluto.

De hecho, era un fascista hasta la médula. Fue despiadado, hundió la hoja de su cuchillo en carne viva y la hizo trizas.

Se levantó de su silla y corrió hacia la edición de 1969 de la *Encyclopaedia Britannica* que mantenía distribuida uniformemente en dos estantes de madera pintada.

La fecha del 31 de diciembre de 1936 coincidía con la muerte de su Unamuno, que le escribía desde el pasado burlándose de él.

Asaltado por una sensación de náuseas y desorientación, don Florentino buscó a tientas el volumen que había recibido y, abriéndolo por una página al azar (también hizo lo mismo con las Sagradas Escrituras), leyó allí, con la vista estentórea y borrosa:

“Hablamos de la lucha por la existencia, pero esta lucha por la vida es la vida misma y es al mismo tiempo la lucha misma.”

Y un poco más adelante:

“La vida es una lucha y la solidaridad por la vida es una lucha, y se manifiesta a través de la lucha. No me cansaré de repetir que lo que más une a los hombres entre sí es su discordia.”

Sintió que le subía la fiebre. ¿Fue entonces ésta la agonía del cristianismo, su propia agonía? ¿Una lucha que llega hasta el Gólgota de la discordia de los hombres y de su amor?

“La caridad es magnánima, la caridad es benevolente; no tiene envidia, no se jacta, no se hincha de orgullo, no falta de respeto, no busca su propio interés, no se enoja, no toma en

cuenta el mal recibido, no disfruta de la injusticia, sino que se regocija en la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.”

Ya no encontró en esas palabras correspondencia alguna con todo el amor que lo había sostenido y, sintiendo arder su frente, se acostó, durmiéndose y dejando que su pecho fuera aplastado por sueños inútiles.